

PLAUSIBILIDAD

J. IGNACIO DÍEZ FERNÁNDEZ

Universidad Complutense

Pertenece a la naturaleza misma de todo origen llevar aparejada una dosis de total arbitrariedad. No sólo no está integrado en una cadena de causa-efecto, una cadena en la que cada efecto se convierte en la causa de acontecimientos futuros, sino que, además, el origen carece, por así decirlo de toda base de sustentación; es como si no procediese de ninguna parte, ni en el espacio ni el tiempo (Hannah Arendt, *Sobre la revolución*).

I

A PARENTEMENTE EL CONCEPTO de “plausibilidad” no puede competir con los grandes conceptos gracianos,¹ y no sólo por su previsible falta de profundidad o por su probable carencia de notas filosóficas, sino, sobre todo, por su adivinable significado, pues no parece difícil arriesgar que la “plausibilidad” deriva por vía directa del “aplauzo”, actividad esta tan conocida, tan habitual, tan satisfactoria. Pero al escharbar un poco sobre las raíces de la “plausibilidad” las sorpresas afloran con inusitada insistencia.

Nada más natural que preguntarse por la sociología del aplauzo, quizá como camino inicial, y nada más frustrante que descubrir el descuido de una suerte de sociología del aplauzo, a pesar de que otras actividades sí han merecido ese honor. Así Norbert Elias ha estudiado comportamientos seguramente más habituales aunque no tan divertidos (como sonarse la nariz o escupir), ni tan públicos (como “el comportamiento en el dormitorio”).² El estudio histórico del aplauzo³ entroncaría con “la

¹ Elena Cantarino y Emilio Blanco (eds.), *Diccionario de conceptos de Baltasar Gracián*, Madrid: Cátedra, 2005.

² Norbert Elias, *El proceso de la civilización. In-*

vestigaciones sociogenéticas y psicogenéticas [1977-1979], México: FCE, 1987, pp. 184-208.

³ David Viktoroff, “El aplauzo, una conducta social”, *Revista Mexicana de Sociología*, 21, 2

historia de los gestos y los ademanes”, que es “una parte de la historia sociocultural”.⁴ Cabe imaginar que, en la España del siglo XVII, el espacio del aplauso está en el teatro, en las fiestas y quizá en las ceremonias cortesanas. Y también se puede imaginar que Gracián construye su concepto a partir de estos mimbres.

II

Aplaudir es, fundamentalmente, una conducta social y, por tanto, con un alto grado de regulación. Sin embargo, frente a los usos actuales en los que aplaudir es “palmotear en señal de aprobación o entusiasmo” (según la RAE, en 1992), seguramente en el pasado ha primado otra acepción (la segunda de la RAE): “fig. Celebrar con palabras u otras demostraciones a personas o cosas”. Con este segundo sentido cabe conjeturar que hay un “aplauso” de los cortesanos que puede convivir con las rigideces de la etiqueta cortesana, aunque también sería muy interesante averiguar si ocurre en la corte un aplauso más físico (véase § III).

El *Diccionario de Autoridades* definía así aplaudir, en 1726: “Celebrar con palabras u demostraciones externas de júbilo, como son saltos, palmadas y otras señales, alguna cosa, aprobándola y alabándola. Viene del lat. *Plaudere*”. Y explicaba también qué es un aplauso: “Contento y complacencia general, manifestada con palabras, júbilos y otras demostraciones exteriores de saltos y palmadas, aprobando o alabando alguna cosa”. No sé si, *a priori*, en esa imagen ideal del aplauso de la que hablaba al principio, alguien incluiría los “saltos” dentro de las actividades que se realizan al aplaudir.⁵ *Autoridades* incide en dos notas decisivas para mis intereses: lo exterior y el carácter inequívocamente positivo del aplauso, notas que no comparten todos los lexicógrafos. Así, Covarrubias, una centuria antes, aunque adelanta algunas de las notas que después serán académicas (“La aprobación del pueblo y de todos en común, con semblante risueño y voz de alegría, y dando una palma con otra”), con una

(1959), pp. 703-739 (trad. del francés por Óscar Uribe Villegas; agradezco mucho a Lucía Díaz Marroquín la valiosa referencia bibliográfica). Aunque Viktoroff estudia los valores del aplauso contemporáneo, incluye algunas páginas sobre los orígenes y desarrollo de lo que es “una manifestación social de aprobación”, p. 705.

⁴ Peter Burke, *Venecia y Amsterdam. Estudio sobre las élites del siglo XVII*, trad. Alberto L. Bixio, Barcelona: Gedisa, 1996, p. 24.

⁵ También hay “otras señales”: “No muere de una vez el envidioso, sino tantas cuantas vive a

voces de aplausos el envidiado” (*OM*, 162): cito siempre por *El Discreto. Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. J. Ignacio Díez Fernández, Barcelona: Debolsillo, 2004 (si no hay otra indicación, cito ambas obras por esta edición). Incluso hay “aplausos poéticos” con los que venecianos y holandeses celebraban una boda o un cargo, P. Burke, *op. cit.*, p. 163. “Apenas había de haber obrado un rey cosa de aplauso digna, cuando se habían de estar deshaciendo estas plumas en su aplauso”, Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, ed. Cristóbal Cuevas, Madrid: Castalia, 1983, p. 176.

sutil distinción entre el aplauso popular y el aplauso de todos, aporta un elemento moral decisivo para entender el concepto que después forjará Gracián:

Por sólo esto hay quien sale a la plaza a esperar un toro, sin considerar el peligro a que se pone; y muchos buenos ingenios han dejado sus estudios y seguido la compañía de los comediantes, porque saliendo al teatro, los oyentes los reciben con señal de gusto y contento; y no quiera Dios que a ninguno de los que predicán su palabra les toque este aire corrompido del aplauso y favor humano.⁶

Covarrubias no menciona el hipotético aplauso cortesano y se limita a tres contextos, dos de ellos ya aludidos (los toros y el teatro)⁷ y uno nuevo (la predicación). Sin embargo, lo verdaderamente llamativo de la definición de este prodigioso lingüista es el tono negativo de la explicación, la admonición contra la búsqueda del aplauso, motivo de ruina para muchos, pues, como advierte, se arrostran peligros, se abandonan estudios y, como se sugiere, puede resultar enormemente dañino para los heraldos de la divinidad.

Así pues, frente a la aprobación elogiosa que inequívocamente tiene la acción de aplaudir, Covarrubias indaga, con indudable carga sociológica, en los inconvenientes que se derivan de acciones que para muchos pueden resultar plausibles.

III

Si el “aplauso” es relativamente frecuente en la literatura española (“con raro aplauso del notable efeto”, “ni espere aplauso ni pretenda fama”⁸), y también en la obra de Baltasar Gracián (“El mismo aplauso de los principios hace más ruidoso el murmullo de los fines”, *D*, XII, p. 118),⁹ no ocurre lo mismo con la “plausibilidad”,

⁶ Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. Martín de Riquer, Barcelona: Alta Fulla, 1987.

⁷ El estudio del aplauso no ha llamado la atención de los expertos en la fiesta barroca, ¿quizá por su trivialidad? No he encontrado ninguna referencia en el espléndido volumen *Teatro y fiesta del Siglo de Oro en tierras europeas de los Austrias* (Real Alcázar de Sevilla, 11 de abril-22 de junio de 2003; Castillo Real de Varsovia, Polonia, 30 de julio-6 de octubre de 2003), Madrid: Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior de España, 2003.

⁸ Lope de Vega, *La Dragontea*, edición Antonio Sánchez Jiménez, Madrid: Cátedra, 2007, v. 1452, p. 260; Lope de Vega, “Arte nuevo de hacer comedias” (v. 346), en *Obras poéticas*, ed. José Manuel Blecuca, 2ª ed., Barcelona: Planeta, 1974, p. 266. En los dos casos el sentido parece más simbólico que físico.

⁹ La interesante contraposición entre “aplauso” y “murmullo” no implica que el primero ser reduzca al ruido de las manos. En todo caso, el murmullo, como signo de desaprobación, sí se opone a las notas iniciales de aceptación.

definida así, en 1737, por el *Diccionario de autoridades*: “La cualidad o excelencia que constituye alguna cosa plausible. Lat. *plausu dignitas*”. Tanto en la voz “plausibilidad” como en “plausible” una de las dos citas que sirven para que el diccionario tenga autoridad es de Gracián, de *El Héroe* en el primer caso y de *El Crítico* en el segundo. De manera muy significativa, sin embargo, el nombre de Gracián no aparece en las citas que acompañan “aplauzo” y “aplaudir”. Sin duda se trata de un indicio que conviene seguir.

En la obra de Gracián lo plausible aparece pronto, concretamente en el primer VI de *El Héroe* (“Eminencia en lo mejor”): “No debe un varón máximo limitarse a una ni a otra persona, sino con ambiciones de infinidad aspirar a una universalidad plausible, correspondiendo la intención de las noticias a la excelencia de las artes”.¹⁰ En las *Obras completas* simplemente se anota, sobre “plausible”, “digno de aplauzo”.¹¹ Más completo resulta el, por otro lado breve, planteamiento de Romera-Navarro al explicar “plausible” en dos acepciones: ‘aplaudido’ (y remite, entre otros textos, a *OM*, 29: “abstraen los astutos con metafísica plausible por no agraviar, o la razón superior o la del estado”), y ‘digno de aplauzo, recomendable’ (con mención de *OM*, 118).¹²

Estas dos calas en las ediciones de Gracián no permiten entrever el hecho cierto de que la “plausibilidad” es un concepto creado por el jesuita, del mismo modo que otros (como el “buen gusto”).¹³ Hay aplausos antes de Gracián, pero la “plausibilidad” es una refundición y refundación de un acto presumiblemente habitual en algunos contextos para transformarlo en concepto. Aunque es difícil determinar el origen del que Gracián lo toma, lingüísticamente no parece complejo derivar la formulación directamente del latín (donde existen *plausibilis* y *plausibiliter*) o del cultismo “plausible” sin más; desde un punto de vista social quizá podría apostarse por una práctica cortesana (véase § IV), para su sentido positivo, y por una conexión con las actividades vulgares del aplauzo para su valoración negativa.

¹⁰ B. Gracián, *El Héroe. El Discreto. Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. Luys Santa Marina; intr. y notas Raquel Asun, Barcelona: Planeta, 1984, p. 17. Todas las citas de *El Héroe* proceden de esta edición.

¹¹ Intr. Aurora Egido, ed. Luis Sánchez Laílla, Madrid: Espasa-Calpe, 2001, p. 18.

¹² B. Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. Miguel Romera-Navarro, Madrid: CSIC, 1954, p. 637.

¹³ Emilio Hidalgo-Serna, “El «buen gusto» en Gracián. Acepciones y destino europeo

de una metáfora en cifra”, en *Influencias mutuas entre España y Europa a partir del s. XVI*, Karl-Hermann Körner y Marc Vitse (eds.), Wiesbaden: Otto Harrassowitz, 1988, pp. 69-78. Plausibilidad y buen gusto se relacionan, como en el realce V (*Hombre de plausibles noticias*: “Hállanse unos hombres apreciadores de todo sazonado dicho y observadores de todo galante hecho, noticiosos de todo lo corriente en cortes y en campañas. Éstos son oráculos de la curiosidad, maestros de esta ciencia del buen gusto”, pp. 77-78).

En todo caso, lo seguro es, como decía, que Gracián forja un concepto que no aparece antes de sus obras. Así, una adecuada consulta al CORDE demuestra que antes de 1700 la “plausibilidad” sólo se recoge 17 veces en textos de ambos lados del Atlántico: una vez en Carlos de Sigüenza y Góngora (en 1683) y ¡16 veces en las obras de Baltasar Gracián! La distribución es también muy significativa¹⁴ y me ocupo de ella en § IV. Una nueva consulta al CORDE sobre “plausible” muestra que la palabra se documenta más, aunque no en muchos textos, pues las 153 apariciones se concentran en 26 documentos. De ellos, sólo son anteriores a Gracián las referencias en *El gobernador cristiano* (1612-1625) de fray Juan Márquez y *La Dorotea* de Lope de Vega,¹⁵ y la parte del león se concentra en la producción de Gracián.¹⁶ Los resultados del CORDE demuestran que tanto “plausible” como “plausibilidad” aparecen abundantísimamente en las obras de Gracián, desde la primera hasta la última, con la excepción de *El Comulgatorio*. Creo que queda, además, poco lugar para las dudas sobre la apropiación del segundo término y fundación del concepto correspondiente por parte de Gracián.

Aunque no tenga valor para la sociología del aplauso, el CORDE también indica que sólo hay tres casos de “aplauzo” antes de 1500 (los tres en el marqués de Villena) y ninguno de “aplaudir”, mientras el verbo se documenta hasta en 63 ocasiones (en 39 documentos) en los Siglos de Oro, y todas las referencias son del siglo XVII.¹⁷ Lo significativo para mis intereses es la conexión del cultismo “aplaudir” con la sociedad eminentemente cortesana del siglo XVII, lo que indica que la planta de la cual procede el concepto graciano da sus frutos en las cortes del barroco. Considera Viktoroff, en un breve recorrido por la historia del aplauso, que desde su más frecuente uso en Roma y en las primeras iglesias cristianas, “el aplauso debe haber sufrido un eclipse en el curso de la Edad Media” y que “es en el s. XVI (¿influencia del retorno a las fuentes clásicas?) cuando la palabra y la cosa hace su reaparición”; en Francia,

¹⁴ Aparece 5 veces en *El Héroe*, 2 en *El Político*, 5 en la *Agudeza y arte de ingenio*, 2 en *El Discreto* y en el *Oráculo manual*. No está recogida en *El Criticón*.

¹⁵ “[...] ocupe en enseñar que sabe hacer otra imitación más perfeta, otra verdad afeitada de más donaires y colores retóricos, la erudición más ajustada a su lugar, lo festivo más plausible y lo sentencioso más grave”, *La Dorotea*, ed. Edwin S. Morby, Madrid: Castalia, 1980, p. 62.

¹⁶ Aparece 10 veces en *El Héroe*, 2 en *El Político*, 39 en la *Agudeza y arte de ingenio*, 19 en *El Discreto*, 9 en el *Oráculo manual* y 34 en *El Criticón*.

¹⁷ Con otra técnica, Corominas y Pascual, en el monumental *Diccionario etimológico*, indican que se documenta “aplaudir” por primera vez en 1438, en el *Corbacho*, pero reconocen que en el s. XVII se utiliza más, aunque poco. Además señalan la relación con los culteranos, pues la palabra está en *La culta latiniparla*: “[...] se ha de valer del laberinto de las ocho palabras que nunca se acaban. Las ocho palabras son éstas: «Si bien, así, de buen aire, descrédito, desaseada, cede, aplaudir, anhelar»”, Francisco de Quevedo, *Prosa festiva completa*, ed. Celsa Carmen García Valdés, Madrid: Cátedra, 1993, p. 458. Por el contrario, yerran al datar la primera documentación de “plausible” en 1651.

“en el siglo XVII, el uso de los aplausos se extendió considerablemente, por lo menos en el teatro”,¹⁸ afirmación interesante, sin duda, pero que no agota otros ámbitos posibles de aplauso (¿se aplaude en las academias? ¿en las reuniones de amigos?). Es posible que en la enorme ampliación que el boato barroco busca para las manifestaciones propagandísticas y exaltatorias del poder de la monarquía “aplaudir”, en su sentido más amplio, sea una de las actividades más exigidas a los cortesanos que ven las proyecciones del poder real. Corominas y Pascual señalan la relación de “aplaudir” y “atuendo” (que procede de *attonare*, ‘tronar’) por la “pompa estruendosa que ostenta la majestad real” (pues es “comparada a los atributos de la Gloria Divina, que aparece acompañada de truenos y relámpagos”). La aprobación-aplausos afecta a todos los cortesanos: “Ver y ser visto, participar con aparato y alcanzar el aplauso, eran cuestiones en las que descansaban las ocasiones de lograr el favor regio y un lugar de privilegio en la corte”.¹⁹ Son bien conocidas las conexiones de Gracián con el mundo cortesano,²⁰ aunque su valoración resulte paradójica,²¹ si bien, debe quedar claro, que “el pensamiento de Gracián no es un pensamiento meramente cortesano”.²²

IV

A pesar de que “plausibilidad” y “plausible” son términos que aparecen repartidos por las obras de Gracián (véase § III), hay cuatro lugares privilegiados que concentran varias referencias, ya recogidas en los respectivos títulos o aforismos: *Que el héroe*

¹⁸ D. Victoroff, *op. cit.*, p. 719. “El palmoteo, por doquier que lo encontramos en el mundo precivilizado o arcaico, es, en primer término, una técnica de acompañamiento musical”, p. 713. El aplauso es “una simbólica gestual específica de la civilización occidental, heredada del mundo grecorromano. De origen muy probablemente religioso, ha debido de laicizarse progresivamente”, pp. 724-725.

¹⁹ Santiago Martínez Hernández, “Fragmentos del ocio nobiliario: festejar en la cultura cortesana”, en *Dramaturgia festiva y cultura nobiliaria en el Siglo de Oro*, Bernardo J. García García y María Luisa Lobato (coords.), Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert, 2007, pp. 50-51. Los nobles aspiran a conseguir “el aplauso del monarca y, acaso, su favor”, p. 58.

²⁰ Véase, por ejemplo, Henar Pizarro Llorente,

“La crisis de la monarquía española en la vida de Gracián (1601-1658)”, en *Gracián: Barroco y Modernidad*, Miguel Grande y Ricardo Pinilla (eds.), Zaragoza-Madrid: Instituto Fernando el Católico-Universidad Pontificia de Comillas, 2004, esp. pp. 55-61 (“Gracián, Aragón y la política cortesana”).

²¹ Sobre el cortesano en general, véase Antonio Álvarez Ossorio, “La discreción del cortesano”, *Edad de Oro*, 18 (1999), pp. 9-45. Un matizado resumen de las contradictorias opiniones en B. Gracián, *Obras completas I*, ed. Miguel Batllori y Ceferino Peralta, Madrid: Atlas, 1969, p. 79: “visión al fin de un provinciano eminente, hecha de resentimiento y de penetración”.

²² Alfonso Moraleja Juárez, *Baltasar Gracián: forma política y contenido ético*, Madrid: UAM, 1999, p. 43.

prefiera los empleos plausibles (H, VIII), *Hombre de plausibles noticias* (D, V), *Hombre de plausibles noticias* (OM, 22) y *Preferir los empleos plausibles* (OM, 67). Quizá es significativo que Gracián no utilice “plausibilidad” en ninguno de los cuatro casos.

La plausibilidad está entre las grandes cualidades, como lo muestra la enumeración de las virtudes que posee del duque de Gandía: “Mudó, sin duda, la fama a Gandía su *non plus ultra* de toda heroicidad, de toda cristiandad, discreción, cultura, agrado, plausibilidad y grandeza” (D, VI, p. 86). La correspondencia con los valores positivos es auténticamente abrumadora en los textos de Gracián e indica su altísima consideración: “en todo lo excelente, en todo lo lucido, en todo lo realzado, en todo lo plausible, en todo lo dichoso y en todo lo perfecto” (D, VI, p. 86). Ya en *El Héroe* la plausibilidad se menciona en “Eminencia en lo mejor”: “No ha habido héroe sin eminencia en algo, porque es carácter de la grandeza; y cuanto más cualificado el empleo, más gloriosa la plausibilidad” (H, VI, p. 17). También el primer realce recoge lo plausible como sinónimo de muy positivo: “Plausible fue siempre lo entendido, pero infeliz sin el realce de una agradable genial inclinación” (D, I, p. 54). En la retórica y en la expresión la plausibilidad tiene su lugar: “gran predicador, con plausibilidad en lo sutil y bien discurrido”, “los avisos donosamente cortesanos, que con tanta erudición y sal ilustra nuestro ingenioso y docto Tomás Gracián Dantisco, conservan siempre una general plausibilidad”, “ocupan el primer lugar las acciones misteriosas y significativas, que se valen de la ingeniosa invención para exprimir con plausibilidad su intento”.²³ En el otro lado se encuentra la valoración negativa del que, como “Catón con su bando”, se convierte en “poco plausible” por su rigidez: “Pesado es el extremo de los muy serios y poco plausible Catón con su bando, pero venerado; rígida secta la de los compuestos y cuerdos” (D, IX, p. 102). Aparentemente lo plausible puede adquirir tintes negativos como en la «plausible materia a sus hablillas» (OM, 86), aunque parece más bien que en estos contextos “plausible” equivale a ‘aplaudido’ y no entraña ninguna clase de valoración.²⁴ Plausibles son algunas personas, algunos empleos, algunas noticias, alguna comedia (“en aquella plausible comedia que se representó en Roma de la caída de nuestros primeros padres”, C, III, ix, p. 297), pero también algunos lugares (la Isla de la Inmortalidad es “albergue plausible de los varones famosos”, C, III, xii, p. 377; Lisboa es plausible, C, III, viii, p. 247). Es interesante que la plausibilidad, como contraste, con un contenido más homogéneo y positivo es algo más, pues en ocasiones parece convertirse en el destino final, del *hombre desafectado*: “Dos veces es eminente el que encierra todas las perfecciones en sí y ninguna en su estimación; y por encontrada senda llega al término de la plausi-

²³ *Obras completas*, ed. Emilio Blanco, Madrid: Turner, 1993, pp. 464-465, 643 y 657.

²⁴ “error plausible, desacierto acreditado, fue aquel tan celebrado llanto”, *El Crítico*, ed. Miguel Romera-Navarro, Philadelphia: University

of Pennsylvania, 1940, III, xii, p. 369 (cito siempre por esta edición, con la grafía modernizada). El aplauso, sin embargo, sí puede ser “necio” (C, II, iv, el apartado “aplauso necio”) o civil (C, III, xii, p. 408).

bilidad” (*OM*, 123). Lo plausible se halla en ese resumen que es el aforismo 300 y su exaltación de lo santo: “Ella hace un sujeto prudente, atento, sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe”.

La plausibilidad es una “prenda” que está en el cortejo del realce rey.²⁵ La huella cortesana aparece también en numerosas referencias a lo plausible y a la plausibilidad, pues la corte es el más que probable origen desde el que Gracián construye el sentido positivo del concepto. No pretendo decir que sólo los cortesanos aplaudan, ni tampoco que en las cortes se practique ese moderadísimo ejercicio físico que consiste en hacer chocar las palmas de las manos para manifestar contento o aprobación, pues, entre otras cosas, no he documentado que en la muy seria corte española eso ocurriera realmente. Sin embargo, como ha quedado establecido en § III, el aplauso es una manifestación más general y también más abstracta y resulta claro que las cortes son lugares donde la exhibición de la aprobación es de una importancia capital.²⁶ Si “la etiqueta cortesana debe ser entendida como una codificación de las relaciones cuya eficacia residía en su virtud representativa más o menos simbólica”,²⁷ cabe situar el aplauso entre esos eficaces símbolos.

La “cortesana gustosa erudición” parece equivaler a la “sabiduría conversable”²⁸ (*OM*, 22) y es lo que constituye, básicamente, el tesoro del “*Hombre de plausibles noticias*”:

Es munición de discretos la cortesana gustosa erudición, un práctico saber de todo lo corriente, más a lo noticioso, menos a lo vulgar. Tener una sazónada copia de sales en dichos, de galantería en hechos, y saberlos emplear en su ocasión, que salió a veces mejor el aviso en un chiste que en el más grave magisterio. Sabiduría conversable valioles más a algunos que todas las siete, con ser tan liberales.

El aforismo y su comentario²⁹ están unidos con el realce V, no sólo por la comunión de las palabras que abren ambas piezas, sino por una conexión inequívocamente cortesana que convierte en intercambiables “sabiduría cortesana” y “sabiduría conversable”, o “cortesana gustosa erudición” y “conversable sabrosa erudición”: “Luce, pues, en algunos una cierta sabiduría cortesana, una conversable sabrosa erudición que los

²⁵ “Este coronado realce, como es rey de los demás, lleva consigo gran séquito de prendas: síguele el despejo, la bizarría de acciones, la plausibilidad y ostentación, con otras muchas de este lucimiento” (*D*, II, p. 64).

²⁶ Norbert Elias, *La sociedad cortesana* [1969], México: FCE, 1993.

²⁷ Adolfo Martínez Carrasco, “Fisonomía de

la *virtus*. Gestos, movimientos y palabras en la cultura aristocrática del s. XVII”, *Reales Sitios*, 147 (2001), p. 26.

²⁸ Véase ahora Pedro Cerezo, “Sabiduría conversable”, *Conceptos*, 3 (2006), pp. 11-31.

²⁹ Benito Pelegrín, en su edición del *Oráculo manual* (Zaragoza: Guara, 1983), lo clasifica en III (“Del estilo al estilete”) 1 (“Arte de agradar”).

hace bien recibidos en todas partes y aun buscados de la atenta curiosidad". Gracián también utiliza la "erudición plausible" poco después en el mismo realce, donde menciona a esos raros "varones eminentes en esta galante facultad": son "emporios de la erudición cortesana".

El enlace cortesano también se testimonia en el aforismo 118 "*Cobrar fama de cortés*: que basta a hacerle plausible". E incluso, más allá de la esfera de la cortesía, la plausibilidad se engarza en los eslabones de la política, como en el aforismo 274, "*Tener la atractiva*: que es un hechizo políticamente cortés [...] No bastan méritos si no se valen del agrado, que es el que da la plausibilidad, el más práctico instrumento de la soberanía". En una jerarquía, compleja e ideal, de valores y prendas el agrado está por debajo del aplauso.³⁰

No creo que haya problemas para conciliar dos valoraciones que sólo se contradicen de manera aparente: la filiación cortesana de varias obras de Gracián y, al mismo tiempo, la superación de la corte como destino. Si, "aparte de *El Político*, sus años de contacto con la realidad política cortesana estuvieron vinculados con la creación de sus obras *El Discreto* y el *Oráculo manual*, en las que se formula una doctrina concebida para alcanzar el triunfo en la misma",³¹ de la lectura del *Oráculo manual* se desprende que la obra no va destinada a los cortesanos sino a un público mucho más amplio, al prudente, a quien desee convertirse en una persona (en el sentido inaugural del primer aforismo). Por eso, quizá sea más cierto afirmar que "hay una vinculación política y cortesana [...] de los primeros libros de Gracián" que "se quiebra con el *Oráculo* [...] Por fracaso de las aspiraciones cortesanas de Gracián o por evolución de su pensamiento o por ambos motivos",³² aunque lo que más me interesa es insistir en algo que puede resultar evidente: a pesar de que el *Oráculo* no vaya dirigido a los cortesanos, sí puede emplear conceptos de posible filiación cortesana, como la plausibilidad (Gracián también relaciona el aplauso con el teatro y con contextos no específicos aunque conectados con una entrada, como en *OM*, 59: "No está el punto en el vulgar aplauso de una entrada, que ésas todos las tienen plausibles").

La plausibilidad no está exenta de problemas, quizá de manera aparentemente paradójica con su constitución positiva. Así, puede no resultar conveniente cuando el lugar que se ocupa en la jerarquía no es el más alto y no hay sintonía con la plausibilidad del superior: "Feliz gracia si la hermanara con la de su rey, que no es de esencia

³⁰ "De aquí es que vemos cada día hombres de ingenio sutil, de juicio acre, estudiosos y noticiosos también, que en llegando a la elección se pierden: escogen siempre lo peor, páganse de lo menos acertado, gustan de lo menos plausible, con nota de los juiciosos y desprecio de los demás; todo les sale infelizmente y no sólo no consiguen aplauso, pero ni aun agrado; jamás

hicieron cosa insigne y todo ello por faltarles el grande don del saber elegir, de suerte que no bastan ni el estudio ni el ingenio donde falta la elección" (*D*, X, pp. 105-106).

³¹ H. Pizarro Llorente, *op. cit.*, p. 59.

³² B. Gracián, *El Héroe. El Político. El Discreto. Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. Arturo del Hoyo, Barcelona: Plaza y Janés, 1986, p. 75.

el excluirse, por más que encarezca Bayaceto que la plausibilidad del ministro causa recelo al patrón” (*H*, XII, p. 28). Tampoco es la cualidad necesaria o más necesaria en todo, pues el gobernante precisa algo más: “Reinó en creciente de imperio, que ayuda mucho a la plausibilidad de un monarca; depende mucho la grandeza o la pequeñez de un rey del estado de la monarquía, que va mucho del reinar en su creciente al reinar en su menguante [...] Heroica prenda es el militar valor en un rey; álzase con la plausibilidad [...] pero, bien examinado al político rigor, el oficio de un rey no es ser capitán, que a mucho más se extiende. Es universal la obligación, abarca muchas eminencias”.³³

El mismo concepto de lo plausible parece cobijar elementos que pueden chocar con un sentido moral. Así, cuando se afirma que “lo paradojo es un cierto engaño plausible a los principios” (*OM*, 143), el lector se enfrenta con una extraña construcción como es “engaño plausible”, aunque está limitada tanto al comienzo como al final por términos que restringen su verdadero alcance, pues no es un engaño sino “un cierto engaño” cuyo influjo se limita “a los principios”, además de que el contexto de los comentarios es claramente negativo hacia “lo paradojo”. En otras ocasiones, el posible desconcierto procede del peculiar lenguaje graciano, como cuando se afirma que “es plausible la galantería en la emulación” (*OM*, 165). En *OM*, 29 se espiga el rechazo del disimulo (“pero el constante varón juzga por especie de traición el disimulo”) en marcado contraste con el comportamiento “plausible” (es decir, ‘aplaudido’) de los “astutos”: “abstraen los astutos con metafísica plausible por no agraviar, o la razón superior o la de estado”. Aforismo y comentarios son una declaración apasionada a favor de la verdad y la razón, en un contexto de nítida oposición a esos defensores de ideales políticos deleznable. Pero, en otros lugares, no sólo no hay tanta rotundidad sino que se aprecia una suerte de deslizamiento desde la estricta moral hacia el dúctil pragmatismo: “que el sabio disimulo es el más plausible alarde, porque aquella misma privación pica en lo más vivo a la curiosidad” (*OM*, 277). Se trata de un uso moralmente ambiguo pero efectivo, aunque muy calculado si se leen todos los comentarios o si, de manera más directa, uno se concentra en el adjetivo “sabio”.³⁴ Gracián juega también con la sorpresa de unir dos conceptos que pertenecen a mundos conceptualmente tan distintos (ya que la separación moral es más problemática en un concepto como la “plausibilidad”, que sólo en apariencia conlleva una carga de moralidad, pues su contenido es netamente social): el disimulo se opone —sólo en cierto modo— a lo abierto, lo público, lo expuesto, lo notorio y notable de la plausibilidad. Así, en los comentarios previos también se explota la sorpresa de las formulaciones antitéti-

³³ *El Político*, en *OC.*, ed. L. Sánchez Laílla, *op. cit.*, pp. 62 y 69.

³⁴ Corrientes barrocas consideran aceptable el

disimulo y rechazable la simulación; véase Torquato Accetto, *La disimulación honesta*, ed. Sebastián Torres, Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2005.

cas: “Consiste a veces más en una elocuencia muda, en un mostrar la perfección al descuido”. La formulación del “sabio disimulo” implica una plausibilidad del autor o de la comunidad *a posteriori* o una elaboración más sutil de la aprobación que pasa por una curiosidad social que puede parecerse al reconocimiento, vestido ahora como un encadenado que provoca sucesivos aplausos: “que un realce sea empeño de otro mayor, y el aplauso del primero, nueva expectación de los demás”.

Se intuyen los límites de la plausibilidad en el aforismo *Seso trascendental*: “Es un caminar a lo seguro, aunque no tan a lo plausible, si bien la reputación de cuerdo es el triunfo de la fama: bastará satisfacer a los cuerdos, cuyo voto es la piedra de toque a los aciertos” (*OM*, 92). Parece que en este caso la seguridad exige una renuncia de la plausibilidad (Romera-Navarro entiende que “plausible” tiene el sentido de ‘aplaudido’), aunque, sobre todo, se percibe que el amplio apoyo que debe suscitarse para alcanzar la plausibilidad a veces choca con la selecta aprobación de los cuerdos, que aquí, para marcar el contraste, no se denomina plausible. Gracián abre más claramente en otros textos la puerta que separa lo común, a veces vulgar o “general”, de lo selecto. Las diferencias entre ambos tipos de “asuntos” se exponen pero Gracián elude la “plausibilidad” para centrarse en lo meramente “plausible”:

Con todo esto, prefieren algunos, y no los menos juiciosos, el asunto primoroso al más plausible, y puede más con ellos la admiración de pocos que el aplauso de muchos, si vulgares.

Milagros de ignorantes llaman a los empeños plausibles.

Lo arduo, lo primoroso de un superior asunto pocos lo perciben, pero eminentes, y así lo acreditan de raros. La facilidad del plausible permítase a todos vulgarizarse, y así el aplauso tiene de ordinario lo que de universal.

Vence la intención de pocos a la numerosidad de un vulgo entero (*H*, VIII, p. 21).

En el mismo primor, un poco después, Gracián sí desgrana el nombre que matiza decisivamente el concepto de plausibilidad, al que denomina “augusta plausibilidad”: “Ser, pues, eminente en hidalgo asunto expuesto al universal teatro, eso es conseguir augusta plausibilidad”. Con evidente sorpresa, el carácter augusto no deriva de lo exquisito, de lo selecto, de la aprobación de la minoría, sino —y quizá pesan mucho ahora las condiciones sociales del aplauso— de conjugar los factores: la elección adecuada de un asunto que permita brillar ante el “universal teatro” (y, de nuevo, no parece inocente la elección del sustantivo).

El círculo de Gracián, especialmente el que aparece reflejado en los preliminares de *El Discreto*, parece compartir el universo de la plausibilidad, pero es una impresión errónea o, de manera mucho más precisa, una impresión que debe matizarse, pues si Gracián apuesta tan claramente en *El Héroe* por una muy definida “augusta plausibilidad”, los amigos demuestran ser menos flexibles e identifican el concepto con la minoría. Pero la cuestión también tiene que ver con la adaptación graciana a los

contextos. Así, frente a las ideas de *El Héroe*, las distinciones de los tipos de aplauso aparecen en la pieza “A los lectores” de *El Discreto* que firma Lastanosa pero que se suele considerar compuesta por Baltasar Gracián, donde se distingue el “verdadero aplauso” de uno sobreentendido falso. Más interesante es que el colmo de la exaltación, el “verdadero aplauso”, consiste en las *palabras* de Felipe IV sobre *El Héroe*.³⁵ Antes, Manuel Salinas, en su aprobación, incide en el cambiante valor del aplauso cuando afirma “que no acredita el aplauso de todos cuando son tan pocos los doctos” (*D*, p. 44). En los mismos preliminares también en el soneto de Manuel Salinas hay una referencia a los aplausos desde lo más alto: “Solicita con rayos más lucientes / Aplausos del Apolo soberano” (*D*, p. 50). Por último, como si el tema de los aplausos fuese de algún modo nuclear, también Juan Francisco Andrés los menciona en el epigrama que se publica a continuación: “nuevos aplausos a los doctos mueva / la edición de las luces escondidas” (*D*, p. 51), lo que remite a esa latente dualidad que forma sus dos polos en función de quién aplaude. En el cuerpo de la obra, Gracián parece indicar que el punto máximo es el “aplauso universal” (*D*, X), que es el “aplauso de todos” (*D*, XI, en lo que coincide con Covarrubias), pero, como ya he comentado, la dualidad del aplauso selecto y el popular a veces desaparece y a veces emerge, en uno u otro polo, positivo y negativo, con lo que resulta ser una calculada ambigüedad. Así, de vuelta a *El Héroe*, si Gracián valora el selecto criterio de una minoría (“Vence la intensión de pocos a la numerosidad de un vulgo entero”, *H*, VIII, p. 21), enseguida matiza adversativamente: “Pero destreza es topar con los empleos plausibles. Punto es de discreción sobornar la atención común en el asunto plausible; manifiéstase a todos la eminencia, y a votos de todos se graduó la reputación”. En el complejo tejido del primor VIII, Gracián rechaza las tareas serias o “metafísicas” porque carecen de lucimiento, y opone los trabajos de Hércules, plausibles, a las ocupaciones de Catón, enfadosas. Lo plausible, pues, no se relaciona con el grado de dificultad, sino con la admiración, con la fama: el concepto de plausible entraña necesariamente una amplia proyección social y para alcanzarla es imprescindible, como indica el *primor*, elegir bien determinados “empeños”, los que resultan en la plausibilidad. Gracián, al contraponer los dos tipos de empeños (los primorosos y los plausibles), conoce muy bien que cada uno de ellos tiene un público posible (los “pocos [...] pero eminentes” frente a la “numerosidad de un vulgo entero”). Tan clarividente planteamiento no se resuelve en un criterio de excelencia, como cabría esperar, sino en una respuesta práctica, pues, sin discutir la precisión con que los selectos han bautizado a los empeños plausibles (“milagros de ignorantes”), Gracián, a través de ese “pero” que parece lógico y es práctico, entra en una valoración de di-

³⁵ “su verdadero aplauso y aun su vida fueron estas reales palabras que dijo, habiéndose dignado de leerle, el gran Filipo IV de las Españas:

«Es muy donoso este brinquiño; asegúroos que contiene cosas grandes», que fue lo mismo que laurearlo de inmortal” (*D*, p. 47).

ferente rango para las dedicaciones plausibles, ya que toparse con ellas o elegir las es una “destreza” que permite otros logros, como se pone de relieve en esta frase que ya he citado: “Punto es de discreción sobornar la atención común en el asunto plausible; manifiéstase a todos la eminencia, y a votos de todos se graduó la reputación”. Tales afirmaciones necesitan una corrección en el planteamiento inicial, algo que autorice la nueva escala valorativa que obliga a “estimar en más los más” plausibles, por eso resulta imprescindible minusvalorar los empeños primorosos, que ahora “tienen mucho de metafísico, *dejando la celebridad en opiniones*” (la cursiva es mía). En este punto Gracián arriesga una definición:

Empleo plausible llamo aquel que se ejecuta a vista de todos y a gusto de todos, con el fundamento siempre de la reputación, por excluir aquellos tan faltos de crédito cuan sobrados de ostentación. Rico vive de aplauso un histrión y perece de crédito.

La base es “la reputación”, pero sin límite para la amplitud en los receptores. Lo plausible como criterio obliga a elegir la guerra frente a la paz, lejos ya de consideraciones morales de ninguna clase, pues si se trata de estar en “los catálogos de la fama”, de llenar “el mundo de aplauso, los siglos de fama, los libros de proezas” hay que saber elegir, “porque lo belicoso tiene más de plausible que lo pacífico”.³⁶ El ejemplo es de difícil digestión (más hoy que entonces) para los estómagos morales, por eso Gracián distingue otros dos campos posibles de actuación, para que el *primor* pueda concluir de manera mucho más amable y ambigua. Así “la justicia sin crueldad” es más plausible, igual que hay una plausibilidad decisiva en “los asuntos de ingenio”: “Lo suave de un discurso plausible recrea el alma, lisonjea el oído; que lo seco de un concepto metafísico los atormenta y enfada”. Agradar a los más parece ser la máxima.

Gracián vuelve sobre la materia en el aforismo 67, que mantiene la esencia del *primor* VIII, aunque con cambios decisivos. Así, el primer comentario es mucho más conciliador: “Las más de las cosas dependen de la satisfacción ajena”. La aseveración parece poco discutible, aunque lo importante para percibir la diferencia es la superación de la dicotomía de entonces: ahora ya no se trata de que “dos patrias produjeron dos héroes”, tan distintos, sino de una constatación mucho más general, de un punto de partida nada dual y más pragmático. La idea es reforzada de inmediato por un segundo eslabón que exhibe una concepción similar: “Es la estimación para las per-

³⁶ Un tanto irónicamente vuelve Gracián sobre esta idea en *El Criticón*: “Es muy plausible —decía el Inmortal— el rumbo de la milicia: andan entre clarines y atambores; y los togados, muy a la sorda. Y así veréis que obrará cosas grandes en mucho bien de la república un ministro, un consejero, y

no será nombrado ni aun conocido, ni se habla de ellos; pero un general hace mucho ruido con el boato de sus bombardas”, *C*, III, xii, pp. 408-409. En un contexto mucho más perfiladamente moral, el Mérito recuerda que “en el vicio no cabe cosa grande ni digna de eterno aplauso”, p. 410.

fecciones lo que el favonio para las flores: aliento y vida”. Es decir: la “satisfacción ajena” suele ser decisiva, pues es la “vida” de las “perfecciones”. Tras construir esta nueva base, Gracián se interna, inevitablemente, en la duplicidad (“Hay empleos expuestos a la aclamación universal y hay otros, aunque mayores, en nada expectables”), pero de nuevo es fácil percibir el cambio sobre *El Héroe*, pues si allí se oponían Hércules y Catón, aquí la polaridad es de signo distinto, ya que se trata de un planteamiento mucho más sutil: la visibilidad (lo “expectable”) de ciertos empleos, incluso “mayores”, es nula, por lo que carecen de aplauso (“éstos, aunque tienen más de lo raro y lo primoroso, se quedan en el secreto de su imperceptibilidad, venerados pero no aplaudidos”). El resto del comentario incide en lo positivo de esa universal percepción de lo visible, con el ejemplo general de los reyes de Aragón, que fueron “tan plausibles, por guerreros, conquistadores y magnánimos”, y con la invitación al “varón grande” de llegar a todos, con una epanadiplosis reforzada (“que todos perciban y participen todos, y a sufragios comunes quede inmortalizado”). No es de extrañar que Gracián conecte lo plausible con lo ampliamente aceptado o, más propiamente, con lo universalmente aceptado, aunque con la cautela que le es propia, Gracián evita hacer explícito el nexo, aquí y en otros lugares, entre la plausibilidad y lo popular, algo que parece estar en el origen del *plausibilis* latino: “Jucundum, populare, quod plausu populi excipi potest”.³⁷ De modo que Gracián construye su concepto de plausibilidad sobre el aplauso, pero modificando sutilmente una de sus características, ya que es universal y no popular.

Sin embargo, en *El Discreto* lo plausible aparece ligado sólo —al menos en los títulos de los reales— a un sustantivo distinto: a las noticias (*Hombre de plausibles noticias*, V), y el salto de los empleos a las noticias, sin duda acompañado de los cambios que experimenta Gracián entre 1637 y 1646, conlleva otro tratamiento. Si los empleos deben ser plausibles de un modo universalmente admirado, las noticias parecen ser un tesoro al alcance de pocos, de los que las atesoran y de los que las escuchan. El comienzo parecería entablar un diálogo con alguno de los puntos moralmente más comprometidos del *primor* que acabo de comentar, pues ahora la discreción vence a la valentía: “Más triunfos le consiguió a Hércules su discreción que su valor” (p. 77). Frente al *primor* VIII, aquí no se oponen Hércules y Catón, sino que el mismo Hércules se desdobra en una parte triunfante sobre la otra y la fuerza de la clava cede frente la persuasión: “aprisionaba entendidos condenándolos a la dulce suspensión de su elocuencia”. Esta “sabiduría cortesana” es “una sabrosa conversable erudición que los hace bien recibidos en todas partes y aun buscados de la atenta curiosidad”, aunque ahora lo que podría ser un aprecio universal es más restringido de lo que anuncia esta fórmula inaugural,³⁸ pues “no es la ambrosía para

³⁷ Robert Estienne, *Thesaurus linguae latinae*, Basilea, E. & J. R. Thurnisiorum frat., 1741, vol. 3.

³⁸ “Varones hay eminentes en esta galante facultad, pero tan raros como selectos” (p. 81).

el gusto del necio, ni se hallan estas estimables noticias en gente vulgar” (pp. 81-82). Pero este saber, que es “un modo de ciencia”, no está ni en libros ni escuelas, sino que, de manera más lúdicamente retórica, “cúrsase en los teatros del buen gusto y en el general, tan singular, de la discreción” (*D*, V, p. 77). Es “munición de discretos” solamente (*OM*, 22), o, dicho de otro modo, “Hartazgos de aplauso común no satisfacen a los discretos” (*OM*, 28).

V

Parece fuera de duda que Gracián es creador de palabras y de conceptos, algunos de muy largo alcance como el de “buen gusto”.³⁹ Aunque Gracián haya podido basarse en las manifestaciones más físicas del aplauso, conviene insistir en que aplaudir es una conducta ritual y simbólica que no necesariamente debe reducirse al chocar de palmas. Además, la manifestación de esta aprobación colectiva, en muchos casos, funciona como un estímulo que puede suscitarse.⁴⁰

Lo plausible —que se conecta con lo elevado, pues “las medianías no son asunto del aplauso” (*OM*, 61)— presenta dos caras, pues por un lado hay una plausibilidad elevada, que, aunque se esperaría, no siempre coincide con la bautizada “augusta plausibilidad”; por otro, hay una plausibilidad común, vulgar, la que atrae las manifestaciones de aprobación de un grupo. Gracián trata de ambas y lo hace con notable ambigüedad en ocasiones. Queda, sin embargo, entronizada la “augusta plausibilidad” por un adjetivo tan graciano y tan convincente. El concepto se relaciona, claro está, con otros muchos, y seguramente de manera muy particular con la adaptación y la apariencia, lo que no resulta sorprendente, pues la plausibilidad posee un contenido específicamente social, colectivo: es la cualidad que convierte en aceptable, en alabable, una actitud, un comportamiento, una expresión (“La buena exterioridad es la mejor recomendación de la perfección interior”, *OM*, 130).⁴¹ También la plausibilidad y la galantería tienen un estrecho vínculo, que no resulta sorprendente por compartir ambos conceptos una filiación cortesana (así, en *El Discreto*, lo plausible es el cortejo de la Galantería).⁴²

³⁹ Hoy existe una *Plausibility Theory* que ayuda a los ejecutivos a evaluar los riesgos.

⁴⁰ D. Victoroff, *op. cit.*, p. 731.

⁴¹ Clément Rosset, “Superficie y profundidad”, *La fuerza mayor. Notas sobre Nietzsche y Cioran*, trad. R. del Hierro, Madrid: Acuarela libros, 2000, pp. 75-82: “La superficie no es para Nietzsche lo que se opone a la profundidad, sino

al contrario, lo que permite que la profundidad se haga visible, aquello a través de lo cual se manifiesta la profundidad”, p. 75.

⁴² “oh gran reina de lo discreto, este memorial de mis méritos, con pretensiones de que me admitas al plausible cortejo de tus heroicas, inmortales y validas prendas” (*D*, IV, p. 75).

Más arriesgado resulta trazar una posible evolución en el aprecio que Gracián exhibe sobre el concepto de plausibilidad, aunque algunos datos podrían apuntar en esa dirección. Así, las apariciones de “plausibilidad” en los textos demuestran que la palabra se utiliza en *El Héroe* y en las obras sucesivas, pero no aparece en *El Criticón*, aunque sí lo hace “plausible”. Con acierto Javier García Gibert se interroga sobre la existencia de dos Gracianes, no desde la plausibilidad sino a partir de una visión general,⁴³ y menciona un camino que iría “de la estética de la seducción a la ética del desengaño”, antes de matizar muy ponderadamente que “tanto al primer Gracián como al segundo lo que llama su atención poderosamente es la exterioridad de las cosas y su compleja dialéctica con la verdad profunda”.⁴⁴ El comentario es de lo más pertinente para acercarse al concepto de plausibilidad, concepto de filiación netamente externa que mantiene la dialéctica mencionada. ¿Habría una evolución, al hilo de la plausibilidad, desde el componente cortesano que impregna los primeros libros de Gracián hacia una ética más desengañada de *El Criticón*? Es posible, aunque también las razones de estilo y de género pueden haber pesado en el rechazo de la palabra “plausibilidad”, que resulta en buena parte salvaguardada en el refugio del adjetivo “plausible”. De todas formas, conviene insistir en que Gracián hace mucho caso de *OM*, 35, “Hacer concepto, y más de lo que más importa”, de manera muy especial del comentario último: “Hace concepto el sabio de todo, aunque con distinción cava donde hay fondo y reparo; y piensa tal vez que hay más de lo que piensa, de suerte que llega la reflexión adonde no llegó la aprehensión”.

⁴³ “¿Dos Gracianes?”, en *Baltasar Gracián*, Madrid: Síntesis, 2002, pp. 85-89.

⁴⁴ *Op. cit.*, pp. 87 y 88.